

tiago tiene el derecho de mandar y nosotros el deber de obedecer Apelo al señor Folgat.

Con un gesto significó su aprobación el abogado.

—Se ha hecho todo lo que era posible dijo. Ahora, no tenemos más que esperar.

XII

Desde la noche famosa del incendio de Valpinson, Sauveterre no se había vuelto á fastidiar.

Desde entonces Sauveterre tenía para ocuparse, una cuestión palpitante, de un interés siempre renovado, inagotable, fecundo en discusiones y conjeturas: el negocio Boiscorán.

—¿En qué estado se encuentra el negocio? se preguntaban unos á otros despues de saludarse.

Y cuando el señor Galpin-Daveline se dirigía del palacio á la prisión, al recorrer con paso solemne y porfiado la calle Nacional, veinte personas asechando detrás de sus ventanas, querían sorprender en su fisonomía el secreto de la instrucción.

Solo sorprendían las huellas de la más viva

inquietud y una palidez cada día más visible.

Algunas veces se decían:

—Vereis cómo ese pobre señor Galpin acabará por enfermarse de tircia.

Por trivial que fuera la expresión, traducía exactamente las sensaciones del magistrado.

Aquel negocio de Boiscorán le había venido como una llaga, cuya irritación nada puede calmar.

—He perdido el sueño, decía al procurador de la República.

El excelente señor Daubigeon, que tenía todas las penas del mundo en moderar los ardores de su celo, solo á medias lo compadecía.

—¿Quién tiene la culpa? respondía. Pero quiere uno adelantar y la inquietud sigue muy de cerca á la fortuna en creciente:

Crescentem sequitur cura pecuniam

Majorunque fames...

—¡No he hecho más que cumplir con mi deber! exclamaba el juez de instrucción, y si volviera á comenzar, procedería del mismo modo.

Por lo tanto, cada día le aclaraba con una luz más triste su falsa situación.

La opinión pública que tan hostil le era al señor de Boiscorán, en nada favorecía al señor Galpin-Daveline.

En lo general se creía en la culpabilidad de

Santiago, y se pedía contra él todo el rigor de las leyes; pero por otro lado se admiraban de que el señor Galpin-Daveline hubiera aceptado aquella misión tan cruel de juez de instrucción.

El hecho de instruir contra un antiguo amigo una causa, de buscar la prueba de sus crímenes, de arrastrarlo ante la corte de Assises, es decir, al presidio ó al cadalso, tenía como un reflejo de traición que sublevaba las conciencias.

Bastaba la manera con que las gentes le rendían un saludo ó lo evitaban, para que el magistrado pudiera darse cuenta del sentimiento de que era objeto.

Su cólera aumentaba contra Santiago y al mismo tiempo crecía su propia inquietud.

Es verdad que había recibido felicitaciones del procurador general, ¿pero quién puede estar seguro del resultado de una instrucción, mientras el culpable no ha confesado?

Cierto es que los cargos que se levantaban contra Santiago eran tan concluyentes, que la decisión del tribunal de justicia no podía ser sospechosa.

Pero sobre el tribunal de acusación estaba el jurado.

—Y en suma, amigo mío, objetó el procura-



dor de la República, no tenéis un solo testigo ocular.

—Tengo á Cocolé, interrumpió el señor Daveline.

—¿Han decidido los médicos que no es idiota?

—No. El señor Seignebo es el único de esa opinión.

—¿Al menos por ahora, Cocolé consiente en repetir su testimonio?

—No.

—¡Así es que en realidad no contais con nadie!...

¡Ah! sí. El señor Daveline lo comprendía demasiado.

Por eso eran sus angustias.

Mientras más estudiaba á su detenido, más le encontraba una actitud enigmática y amenazadora que nada bueno presagiaba.

—¿Tendrá una coartada? pensaba. Guardará en reserva, hasta el último momento, uno de esos medios imprevistos que desmoronan la base de la prevención y cubren de ridículo al magistrado instructor?...

Quando tales ideas le venían, por inverosímiles que fueran, hacían brotar gotas de sudor de sus sienes y trataba como un negro á su pobre escribano Méchiné.

Aquello no era todo. Por retirado que vi-

viera, despues de aquel negocio, le llegaban los ecos de la calle de la Rampa.

En verdad que estaba á mil leguas distante de figurarse que habian estado en inteligencia con su detenido, inteligencia proporcionada por Méchiné, su propio escribano. Habría alzado los hombros, si hubieran llegado á decirle que la señorita Dionisia había pasado una noche en la prisión y hecho una visita á Santiago.

Pero siempre oía decir algo de las esperanzas y proyectos de los parientes y amigos de Santiago; con un secreto terror se los representaba poderosos por la fortuna y la honorabilidad, apoyados en altas relaciones, queridos y estimados de todos.

Sabía que en derredor de la señorita Dionisia se agrupaban hombres inteligentes y adictos, el abuelo Chandoré, el señor Seneschal, el doctor Seignebo, el señor Magloire y en fin, ese abogado que la marquesa de Boiscoreán había traído de París, el señor Folgat.

—Dios sabe lo que intentarán, pensaba, para sustraer al culpable de la acción de la justicia.

Así es que podemos decir que nunca una instrucción fué conducida con un ardor tan apasionado y un celo tan meticuloso.

Cada uno de los puntos contenidos en la

prevención, fué para el señor Galpin-Daveline el objeto de una laboriosa indagación. En menos de quince días, sesenta y siete testigos desfilaron en su gabinete. Hizo comparecer á la cuarta parte de la poblacion de Bréchy. De buena gana habría citado á todos los habitantes.

¡Inútiles esfuerzos!...

Después de trascurridas varias semanas de excesivas investigaciones, la instrucción continuaba en el mismo punto; el misterio permanecía aún impenetrable.

El detenido no había disipado uno solo de los poderosos cargos que pesaban sobre él, pero el juez no había podido recoger una nueva prueba que agregar á las que había reunido desde el primer día.

Sin embargo, era preciso acabar.

Por el excesivo calor de un medio día del mes de Julio, los transeúntes de la calle Nacional creyeron notar que el señor Daveline parecía estar más inquieto que de costumbre. Y no se equivocaban.

Después de una larga conferencia con el procurador de la República y el presidente del tribunal, el juez de instrucción había tomado su partido.

Luego que llegó á la prisión, se hizo conducir á la celda de Santiago de Boiscorán, y ve-

lando su emoción con una inflexibilidad mayor de la que acostumbraba:

—Mi penosa misión toca á su fin, señor, comenzó; la instrucción de que estoy encargado va á cerrarse. Mañana, las pruebas del proceso con un estado de las piezas que han servido de convicción, serán trasmitidas al señor procurador general, para someterlas al tribunal de acusación.

Santiago no pestañeó.

—¡Bien! dijo sencillamente.

—¿No teneis nada que agregar, señor, insistió el juez.

—Nada, sino que soy inocente.

Apénas pudo el señor Daveline contener un movimiento de impaciencia.

—Entonces, probadlo, dijo. Entonces, destruíd los cargos que os acusan, que os atormentan, que hacen que para mí, para la justicia y para todo el mundo seais culpable. Vamos, hablad, explicad ahora vuestra conducta.

Santiago guardó obstinadamente silencio.

—¿Vuestra resolución está bien tomada? replicó todavía el juez; ¿nada queréis decir, señor?....

—¡Soy inocente!....

El señor Galpin-Daveline comprendió que no valía la pena insistir.

—A contar desde este momento, señor, dijo,

vuestra incomunicación está levantada. Podéis recibir en la sala de la prisión las visitas de vuestra familia. El defensor que designéis, será admitido en vuestra celda para conferenciar con vos....

—¡Al fin!.... exclamó Santiago con una explosión de alegría. Y al momento:

—¿Me es permitido escribir al señor Chandoré?

—Sí, respondió el juez, y si queréis escribir inmediatamente, mi escribano se encargará de hacer llegar vuestra carta esta misma tarde..

En el instante mismo Santiago de Boiscorán se aprovechó de la ocasión y lo hizo muy pronto, porque el billete que escribió y entregó á Méchainet solo contenía dos líneas:

«Espero al señor Magloire mañana á las nueve:

S.»

Desde el día en que comprendieron que un falso modo de proceder podía ser de las más funestas consecuencias, los amigos de Santiago de Boiscorán se abstuvieron escrupulosamente de tomar parte.

¡Además, de qué hubiera servido moverse!

Sobre su sola petición el doctor Seignebois había sido en parte escuchado, porque el tribunal había designado para decidir el estado

mental de Cocolé, á un médico de París, un célebre alienista.

Era un sábado, cuando el doctor Seignebois llegó triunfante á la calle de la Rampa á anunciar la feliz noticia. El martes siguiente volvió pálido de cólera á referir el chasco que había llevado.

—¡Hay burros en París como en otras partes! exclamó con una voz que hacía vibrar los cristales del salón de Chandoré, ó tal vez en estos tiempos de cobarde egoísmo y ávido servilismo, los hombres independientes no se encuentran ni en París ni en provincia. Esperaba á un sabio inaccesible á todas las mezquinas consideraciones, y me envían á un farsante que se vería desconsolado de causar desagrado á los señores del tribunal... ¡Ah! ¡la sorpresa es cruel!...

Y quitándose y poniéndose como de costumbre los anteojos:

—Estaba informado, prosiguió, de la llegada de un colega de la capital, y fui en persona á recibirlo á la estación del ferrocarril. El tren llegó, é inmediatamente distinguí á mi hombre entre la turba. Hermosa cabeza circundada por cabellos grises, mirada sutil, labios melosos y burlones... ¡Es él! me dije. ¡Hum! Tenía algo del tipo del pisaverde, muchas decoraciones en el ojal de la levita, las pati

llas recortadas como el césped de mi jardín, y en lugar de anteojos fijos, un impertinente binóculo . . . pero nadie es perfecto. Me aproximé, le dije mi nombre, nos dimos un estrechón de manos, lo invité á almorzar, aceptó, y pronto nos vimos juntos en mi mesa, y mientras elogiaba mi vino de Burdeos, le expuse metódicamente el negocio. Terminado el almuerzo quiso ver á Cocolé; nos dirigimos al hospital, y allí, en seguida, después de un rápido golpe de vista: «Este muchacho, exclamó, es verdaderamente el tipo más completo de idiota que he llegado á ver en mi vida.» . . . Un poco desconcertado, procuré explicarle otra vez el negocio; se rehusó á escucharme. Le supliqué que viera nuevamente á Cocolé, y me envió á paseo. Lastimado en mi amor propio, le pedí entonces me explicara el testimonio tan claro del idiota la noche del crimen. Me respondió en són de chanza que no lo explicaba. Quise discutir y me aplazó para el tribunal. . . . ¿Sabéis dónde comió en la tarde? En el hotel, con nuestro colega de la capital del departamento. Allí determinaron de común acuerdo, rendir un informe en que ponen á Cocolé en la más perfecta imbecilidad que se puede uno imaginar . . .

Y paseándose por el salón con grandes pasos, sin escuchar nada, continuó:

—¡Pero el señor Galpin-Daveline se equivocó al cantar victoria! . . . ¡No se ha dicho todo! . . . No se engaña de esa manera al doctor Seignebos. . . . He dicho que Cocolé es un inundo canalla, miserable simulador, un falso testigo, y lo probaré. . . . Boiscorán puede contar conmigo. . . .

Se interrumpió á sí mismo, y colocándose delante del señor Folgat:

—Y si he dicho que Boiscorán puede contar conmigo, agregó, es porque tengo mis razones. Me han ocurrido singulares sospechas, señor abogado, muy singulares. . . .

El señor Folgat, la señorita Dionisia y la marquesa de Boiscorán le suplicaron con insistencia que se explicara; pero declaró que el momento no había llegado todavía y, que por otra parte, no estaba bastante seguro. . . .

Y escapó, jurando que estaba muy ocupado, que había abandonado á sus enfermos desde hacía cuarenta y ocho horas, siendo esperado también por la señora condesa de Claudieuse, cuyo marido iba de mal en peor.

—¿Qué sospechas puede tener ese viejo original? . . . preguntó el abuelo Chandoré una hora después de que había salido el médico.

El señor Folgat pudo haber respondido de que esas sospechas verosíblemente no eran

otras que las mismas suyas, pero más precisas entonces y apoyadas en indicios positivos.

Pero para qué decir nada, puesto que toda investigación era sospechosa, y una sola palabra, imprudentemente pronunciada, podía ser la voz de alerta.

Para qué turbar con esperanzas, tal vez destruidas en el acto, la sombría tristeza de aquellos largos días, que uno tras de otro habían trascurrido en espera de la buena voluntad del señor Galpin-Daveline.

Ya en aquel momento las noticias de Santiago de Boiscorán eran escasas. Los interrogatorios no se habían verificado sino con grandes intervalos. Méchinot se estaba hasta cuatro y cinco días sin llevar carta.

—Es la más intolerable de las agonías.... no cesaba de repetir la señora marquesa de Boiscorán.

La hora del desenlace había llegado.

La señorita Dionisia se encontraba una tarde sola en el salón, cuando creyó reconocer en el vestíbulo la voz del escribano Méchinot.

Salió precipitadamente.

No se había equivocado.

—¡Ah! ¡la instrucción ha terminado! exclamó, comprendiendo bien que sólo aquel grave acontecimiento podía decidir á Méchinot á

mostrarse en pleno día en la calle de la Rampa....

—En efecto, señorita, respondió el escribano, y con la orden del señor Daveline os traigo este billete del señor de Boiscorán....

Lo tomó ella y lo leyó con un golpe de vista, y olvidando todo, media loca de contento, corrió hacia donde estaba su abuelo y el señor Folgat, gritando á un mismo tiempo á un criado que fuera á buscar al señor Magloire.

Antes de que hubiera trascurrido una hora, llegó el primer abogado de Sauveterre, y cuando le entregaron el billete en que lo llamaban:

—He prometido mi asistencia al señor de Boiscorán, dijo con un tono embarazoso, tal vez no le sea útil.... Estaré mañana con él, al abrirse la prisión, y vendré á daros cuenta de nuestra entrevista.

No pudieron sacarle más, era evidente que no creía en la inocencia de su cliente; cuando hubo salido:

—Santiago es un loco, exclamó el señor de Chandoré, confiando á quien duda de él su defensa.

—El señor Magloire es un hombre honrado, buen papá, dijo la señorita Dionisia, y si pensara comprometer á Santiago, se retiraría.

Por lo que toca á eso, sí: el señor Magloire era un hombre honrado y todavía bastante ac-

cesible á los sentimientos tiernos, para que lo aterrorizara la idea de ver prisionero, acusado de un crimen odioso, y acusado con justicia, según pensaba, á un hombre á quien había querido, y á quien quería todavía, á pesar de todo.

No durmió en toda la noche, y cada uno pudo fijarse en su fisonomía inquieta, cuando atravesó la ciudad en la mañana del día siguiente para dirigirse á la prisión.

El carcelero Blangin lo esperaba.

—¡Ah! venid pronto, señor, dijo, el detenido está loco de impaciencia.

Lentamente, y con un sordo latido de corazón, el célebre abogado subió la estrecha escalera. Atravesó la inmensa galería. Blangin le abrió una puerta.... Estaba ya en la celda de Santiago de Boiscorán.

—¡Al fin estáis aquí! exclamó el desgraciado joven, arrojándose al cuello del señor Magloire. ¡Al fin, veo el rostro de un amigo y estrecho su mano leal!.... ¡Ah, he sufrido cruelmente! ¡tan cruelmente, que me admiro de que mi razón haya podido resistir! ¡Pero estáis aquí, cerca de mí, me he salvado!....

Si el abogado se callaba, era porque estaba asombrado de ver las huellas del dolor marcadas en la fisonomía tan noble y tan inteligente de Santiago, el desorden de sus facciones, el

brillo delirante de sus ojos y la risa convulsiva que vagaba en sus labios.

—¡Desgraciado! murmuró al fin.

Santiago se equivocó, y debía equivocarse en el sentido de aquella exclamación. Retrocedió más blanco que la cera.

—¡Me creéis culpable! exclamó.

—Creo, mi pobre amigo, que todos os acusan.... respondió el abogado.

Una expresión de indecible desesperación contrajo el semblante de Santiago.

—En efecto, interrumpió con una terrible carcajada, es preciso que los cargos sean concluyentes, puesto que han convencido á mis amigos más queridos.... También porque me he callado, el primer día.... ¡El honor!.... ¡Espantosa fullería!.... Y sin embargo, víctima de una inconcebible venganza, me callaría todavía si sólo se tratara de la vida. Pero se trata de mi honor y el de los míos, de la vida de Dionisia.... Hablaré. A vos, Magloire, diré la verdad, puedo disculparme con una palabra....

Y tomando el puño del señor Magloire, se lo estrechó como si tratara de rompérselo.

—Con una palabra, dijo con voz sorda, voy á explicaros todo: he sido el amante de la condesa de Clouseau.